

H.G.O.

En el largo pasillo en penumbras los pasos de aquél hombre resonaron rompiendo el frío silencio que lo envolvía, y su eco reverberó de tal manera contra las paredes que devolvió una sensación de siniestra autoridad. Poco después aquél sonido cesó. El visitante se había detenido frente a la puerta de una de las celdas y se asomó a la pequeña ventana que había en ella.

Del otro lado, el prisionero que estaba allí observó el contorno oscuro del rostro que lo atisbaba sin poder distinguir sus rasgos. Las miradas de ambos se cruzaron durante algunos segundos, hasta que el primero finalmente se retiró desandando el camino que lo había llevado hasta allí, sin haber procedido en forma alguna ni haber emitido una sola palabra.

El cautivo había llegado la noche anterior, y en su mente se agitaban todavía las circunstancias que había padecido tan sólo unas pocas horas antes. Su propio cuerpo también respondía a los golpes y las humillaciones que había tenido que soportar cuando media docena de hombres habían irrumpido en su hogar y lo habían secuestrado junto.

Todo aquello era demasiado para él, que ya no era un hombre joven, y en más de una ocasión pensó que la muerte le sobrevendría de un momento a otro. Pero no fue así, y las torturas que le infligieron en los días subsiguientes las resistió con inesperada tenacidad.

Estaba más débil, eso sí, porque el maltrato había carcomido sus entrañas y sus sentimientos, y aquello había menguado sus energías de manera notable. Sin lugar a dudas quería morir, porque aquello le había quitado todo deseo de seguir viviendo, y, además, porque sabía que de todo secuestrado por el gobierno militar en aquél año 1977 jamás se volvía a saber algo.

En ese pensamiento se refugió como si fuera un amparo ante toda la desolación que había a su alrededor, pero su instinto pudo más, y una y otra vez soportó los tormentos a los que lo sometieron.

Estaba solo en aquél cuarto miserable de aspecto vil y hedores indescifrables. Sin embargo, sabía que algunas de las celdas contiguas también estaban ocupadas. A veces escuchaba a sus desconocidos vecinos a través de sus gritos de dolor en los mismos suplicios a los que él era sistemáticamente sometido; otras veces, en cambio, los oía como un murmullo persistente en lo que creía oraciones o breves diálogos. Tal vez fuera su imaginación, pero más de una vez agradeció aquellas señales de vida, porque lo acompañaban desde la caridad y lo transportaban a lejanos mundos a través de su fantasía.

Con el transcurso del tiempo se fue acostumbrando a las rutinas; podía reconocer cada hecho y cada conducta, y hasta llegó a desarrollar cierto sentido de la anticipación. Su celda tenía sólo dos contactos con el mundo exterior, una, la ya citada ventanilla en la puerta, y otra algo mayor pero inaccesible en lo alto del muro posterior. Por esta última se filtraban débiles rayos de luz solar que le permitía saber cuándo acababa la jornada.

Todos los días se parecían en aquél infierno. Una mañana, sin embargo, fue distinta a las anteriores ya que el prisionero recibió la visita de un hombre fuera de los horarios habituales, y sin motivo aparente. Según lo que sabía, aquello era un procedimiento fuera de lo normal, por lo que su primera idea fue que llegaba para ejecutarlo.

Pero las primeras palabras del visitante pronto lo apartaron de aquél pensamiento:

- No tenga miedo. Sólo vine a hablar -pronunció.

El otro lo miró displicentemente. El que tenía frente a sí era un hombre de algo más de treinta años, de rostro recio y aspecto formal. Su voz tenía la misma rudeza de aquellos que solían visitarlo, pero sus palabras eran pausadas, casi amables:

- Mis superiores no saben que vine; no lo hubieran permitido. Pero no podía dejar de hacerlo; desde el día en que supe que lo habían traído sentí una opresión en el pecho como jamás había sentido en mi vida.

El prisionero se sabía apartado de su debilidad usual ya que no había sufrido tormentos en los últimos días, por lo que tuvo las energías necesarias para entablar una somera conversación. Así y todo, al principio se limitó a observar a su interlocutor y responderle con algún que otro gesto. El extraño prosiguió:

- Desde que está acá pensé en cómo iba a ser este encuentro, en las palabras que iba a decirle, en sus respuestas...

- *¿Entonces?* -dijo por primera vez el cautivo.

- *A mí me resulta muy difícil decirle esto que voy a contarle estando usted en esta situación* -se sinceró el primero.

Hizo una pausa y luego continuó:

- *Yo vine a conocerlo porque siento admiración por usted; de chico leía siempre sus historias, era un devoto de las revistas Hora Cero y Misterix, y un entusiasta lector del sargento Kirk y Ticonderonga, y luego de Mort Cinder y el Capitán Caribe.*

- *¿Así que es mi admirador?*

- *Sí, y de los incondicionales. De hecho, siempre he buscado alguna excusa para no participar en sus interrogatorios.*

Hubo una pausa.

- *Así que no le molesta torturar a los demás, pero sí a mí porque le recuerdo los años felices de su infancia.*

El otro hizo un gesto vago para luego decir:

- *A usted le debo inolvidables momentos, recuerdos que han quedado grabados para siempre en mi memoria.*

- *Si se ha convertido en esto que es hoy, he hecho mal mi trabajo.*

El otro estuvo por responderle con una frase ruda, pero se contuvo y guardó silencio.

Tan sólo luego prosiguió:

- Yo lo conozco mejor que nadie de los que están acá ya que he leído su obra, y la obra lo revela a uno como es. Sin duda usted es una buena persona, pero el hecho de estar acá significa que en algún momento ha perdido el rumbo.

El cautivo no hizo esperar su respuesta:

- Yo he luchado siempre por aquello en lo que creía, desde el papel al compromiso político, si usted siguió mi vida lo sabe. Ser consecuente con uno mismo es revelarse con dignidad, aunque a veces uno tropiece y otras veces se encuentre cara a cara con la derrota.

- Es la voluntad de Dios que hoy nos encontremos en veredas opuestas.

- ¿Dios? ¡Cómo se atreve a hablar de Dios! ¡Yo no creo en él, pero si realmente existe seguramente estará avergonzado de usted y de los suyos!

- ¡Está equivocado, nosotros cumplimos con nuestro deber y lo hacemos por el país, porque la violencia en las calles pone en riesgo a la patria misma! -respondió con vehemencia.

El prisionero tomó aliento y, contra lo que hubiera podido creerse, respondió con parsimonia.

- *Si alguna vez somos todos juzgados lo seremos de acuerdo a leyes inmutables, no según nuestras propias creencias.*

- *Lo dudo –dijo el otro.*

- *Usted es muy joven todavía, pronto se dará cuenta de lo equivocado que estaba. ¿Usted piensa que yo estoy de acuerdo con tantas muertes, tantas bombas y tanta inestabilidad? La violencia jamás ha llevado a nada más que a errores.*

- *¡Pero ustedes la usan contra nosotros!*

- *¿Y qué pretende, que respondamos con flores cuando ustedes nos balean?*

- *Usted dice que la violencia es mala y tal vez tenga razón, pero las armas sirven para defendernos de los enemigos.*

- *¿Qué enemigos? Escúchese un segundo por favor; yo soy tan argentino como usted; los enemigos sólo pueden ser extranjeros.*

- *¡Si se quiere la paz se debe estar preparado para la guerra, de eso estoy convencido!*

- *Esas son sólo palabras, no se crea todo lo que le dicen.*

El visitante se dio cuenta que la conversación se había desvirtuado. El otro pareció comprenderlo y estuvo de acuerdo. Hubo unos segundos de silencio y luego la charla continuó con menos énfasis.

- *El día que me enteré que lo habían traído me acerqué hasta esta celda para verlo. Nunca lo había visto en persona, tan sólo en fotografías, y, sin embargo, estaba ahí y no me animé a hablarle. De hecho, he meditado varios días si debía visitarlo o no.*

El cautivo no respondió, y el otro cambió de tema:

- ¿Es verdad que para escribir El Eternauta se basó en una novela de Robert Heinlein?

El prisionero levantó la vista una vez más, asombrado por la pregunta, y dijo:

- No es del todo cierto. Yo era un ávido lector de literatura fantástica, y tanto las novelas de Heinlein como las de Wells y las de tantos otros fueron terreno fértil para mi imaginación.

- ¿Y se inspiró en alguien para el personaje de Juan Salvo?

- En todos y en nadie. Juan Salvo es el paradigma del hombre común, es trabajador, honesto y está abocado a su familia, no tiene grandes pretensiones, pero desde su lugar siempre ha luchado por un mundo mejor. Por eso su nombre, sus amistades, su chalecito en Vicente López... Sin embargo, yo creo que el gran acierto de la historia es la falta de un héroe determinado, porque ahí el héroe es colectivo. Cada uno da lo mejor de sí en pos del bien común y nadie tiene preeminencia sobre los otros.

- ¿Y por qué cree que la historia ha tenido tanta aceptación desde el primer momento?

- No lo sé, pero supongo que la gente se ha sentido identificada con los personajes o con el ámbito en el que se desarrolla la historia. Es posible también que sea la experiencia que muchos hubieran querido vivir.

- Sí, es posible -respondió el otro, como queriendo decir que aquello último era cierto al menos para él.

Hubo una nueva pausa, y fue el prisionero quien volvió a tomar la palabra:

- ¿Sabe qué haría Juan Salvo en su situación? Me liberaría.

El otro esbozó una mueca de disgusto.

- Eso no puede ser. No tengo autoridad para hacer eso.

El cautivo no lo dejó terminar la oración:

- Sálveme, se lo suplico. Si no es por mi presente, hágalo por mi pasado, por todo lo que he representado para usted.

El otro se incomodó:

- No me pida eso.

- ¿Y cómo no voy a pedirselo? Encontrarme con usted en un lugar como éste debe ser una señal, algo debe querer decir. ¡Sálveme por favor! ¿O ha venido simplemente a satisfacer su curiosidad, a reírse de mi desgracia?

Hubo una pausa, y el prisionero volvió a hablar.

- ¡Sálveme, salvando a una sola persona se salva a toda la Humanidad!

El visitante volvió a incomodarse, y de repente quiso dar por terminada la conversación. El prisionero se mantuvo en su sitio, pero sus palabras eran tan sentidas que no pudo escapar de ellas.

- Le juro que me iré del país, nadie va a saber nada más de mí. Dígame dónde están mis hijas y nos iremos todos como si nada hubiera pasado. Si usted cree en Dios debe creer también que está acá por algo más que cierta frivolidad. ¿No se da cuenta que no puede dejarme, así como así? Usted es mi libertador, usted es Juan Salvo.

- No sabe lo que me pide; yo no tengo las atribuciones para liberarlo ni pedir por usted; ni siquiera sé dónde están sus hijas. Además, ¿cree que puede salir por la puerta como si nada hubiera pasado? Yo no sé si decidirán dejarlo ir o no, pero no sea iluso por favor y no vuelva a pedirme tal cosa. Ya bastante me estoy arriesgando al venir acá sin autorización.

Y calló por un instante para luego decir:

- Lo siento.

Y sin dejar que el otro respondiera alcanzó la puerta y se marchó. En la celda, el prisionero bajó la mirada y comenzó a sollozar mientras repetía aquella última frase una y otra vez hacia la eternidad con una voz que a cada instante iba disminuyendo y convirtiéndose en una letanía conmovedora:

- Usted es Juan Salvo. Usted es Juan Salvo. Usted es Juan Salvo.